

denunciar a su propio padre; criadas para quienes un hijo es una carga insoportable; mujeres casadas que rehusan ser madres con el consentimiento de sus maridos o sin él a veces; todas iban secretamente a aquel abismo, a aquel lugar de vergüenza perversa, taller de perdición y de aniquilamiento. El crimen de las abortadoras, la barrita de hierro hiriendo en silencio, y millares y millares de existencias iban a parar al arroyo entre un torrente de lodo. En tanto que bajo el claro sol, la ola de los seres crecía y desbordaba en rumor alegre, las secas manos de la Rouche aplastaban gérmenes en el fondo de su covacha, inmundada, emponzoñada por el olor de sangre corrompida. No hay profanación más criminal, injuria más innoble a la fecundidad eterna de la tierra.

V

El dos de marzo por la mañana, Mariana sintió los primeros dolores. No quiso despertar al principio a Mateo, que dormía al lado de su cama en una de hierro. Creyó que quizá no fuera sino una falsa alarma. Pero, a las siete, creyó oportuno avisarle. El se había incorporado para besarle la mano que tenía fuera de la cama.

—Sí, sí, chiquillo, ya puedes quererme y marmarme. Me parece que para hoy es la cosa.

Desde tres días antes esperaban el acontecimiento, extrañando ya el retraso.

—¿Sufres?—preguntó Mateo saltando de la cama.

Mariana sonrió para tranquilizarle.

—No, no mucho. Ahora empieza... Abre la ventana y arréglalo todo. Ya veremos.

Cuando abrió las persianas, entró un alegre rayo de sol. El cielo era de un azul pálido, sin una nube, radioso. Una aura de primavera llegaba hasta los cristales.

—Mira, niña; mira qué tiempo tan espléndido; eso es un buen presagio.

Luego, antes de vestirse, fué a sentarse un momento junto a ella, al borde de la cama, besándole los ojos.

—Mírame, deja que te vea bien... Así sabré si sufres mucho.

Mariana continuaba sonriendo por más que luchar contra un dolor muy vivo. Cuando pudo hablar, dijo:

—Te juro que no. Me parece que todo va bien. Es preciso tener paciencia, porque ya se sabe que es un trance muy duro... Abrázame y bésame muy fuerte, para darme ánimo. No me compadezcas porque me harías llorar.

A su pesar las lágrimas pugnaban por escaparse de sus ojos. Mateo la abrazó apasionada, delicadamente, haciendo suya aquella pobre carne palpitante, sacudida por el estremecimiento sagrado de la vida que nacía.

—¡Ah! Tienes razón, alma mía; es preciso sufrir y esperar. Quisiera darte toda mi sangre para sufrir contigo. Por lo menos, sabe que mi amor no te abandona.

Confundieron sus besos, y un enternecimiento profundo les calmó y les hizo olvidar el trance supremo. Mariana dejó de padecer, gracias a una de esas calmas que preceden a las grandes crisis. Ella misma creyó que se había engañado. Dijo a su marido que, después de arreglarlo todo, se fuera a su despacho como de costumbre. Se negó

a ello, diciendo que haría avisar. Y, en tanto que se lavaba y vestía, hablaron de lo que era preciso hacer. La criada iría a buscar a la enfermera, una mujer del barrio, avisada ya quince días antes. Antes vestirían a los niños y luego los llevarían a casa los Beauchéne, pues Constancia se había brindado a tenerlos durante el día. Lo malo era que el doctor Boutan se hallaba, desde el día anterior, en casa los Seguin, junto a la señora que desde hacía veinticuatro horas, sufría de un modo atroz. El temor de las mujeres se realizaba; ambas parían el mismo día. Aquello era una complicación y el matrimonio temía que el doctor Boutan no pudiese abandonar a la desdichada Valentina.

—Voy allá,—dijo Mateo.—Sabré de una vez lo que hay y traeré a Boutan.

A las ocho estaba preparado. Los niños, vestidos, esperaban que les llevasen a ver a Mauricio. Rosa, después de besar a su madre, se había echado a llorar, sin saber por qué, y no quería moverse de su lado; pero Blas, Dionisio y Ambrosio se la llevaron, diciendo que su madre debía ir sola a comprar el hermanito que debía darles. Y empezaron de nuevo a jugar, gritar y brincar en el salón, cuando se oyó un fuerte campanillazo.

—¡Quizá es el doctor!

Al ir a verlo, encontróse cara a cara con Morange y Reina. Como no pudo ver de momento su rostro, únicamente le extrañó una visita tan matinal.

—¡Cómo! ¿Es usted, amigo mío?

La voz del jefe de escritorio le asustó; tan cambiada y triste era.

—Sí, soy yo... He venido porque tengo necesidad que me preste usted un servicio...

Y al oír que los niños armaban ruido en el salón empujó hacia allí a Reina, alegre y sonriente.

—Vete ahí monina; no tengas cuidado. Juega con tus amiguitos. Ya vendré a buscarte. Bésame.

Cuando hubo cerrado la puerta, Mateo le vió la cara que estaba pálida y descompuesta.

—¿Qué le pasa a usted, Morange?

Durante unos instantes, no acertó a hablar, ahogando los sollozos.

—¡Mi mujer se muere!... No en casa; en otra parte. Ya se lo contaré a usted todo. He tenido que decir a Reina que está de viaje y que yo debo ir a acompañarla. Le suplico a usted que tenga a Reina el tiempo que sea necesario... Pero no es esto todo... Abajo tengo un coche... Va usted a venir conmigo.

A pesar de la simpatía y de la piedad profunda que le inspiraba, Mateo tuvo un gesto de denegación.

—No, hoy es imposible. Mi mujer está de parto. Morange le miró con estupor, como si un nuevo desastre hubiese caído sobre él. Luego se estremeció bajo una ola de amargura.

—Sí, es verdad. Su mujer de usted estaba embarazada y ahora pare; es natural que quiera usted estar con ella... Pero no importa, vendrá usted conmigo; estoy seguro que vendrá usted. Le aseguro que no puedo, que no me atrevo a ir donde debo ir; no puedo, no puedo. Es preciso que alguien me acompañe. ¡Venga usted! ¡Se lo suplico, se lo suplico!

Vibraban de tal modo aquellas frases a impulsos del terror y del miserable espanto, que Mateo se conmovió hasta lo más profundo de su sér. Comprendía el terror del pobre, débil y tierno,

abandonado a sí mismo, como un niño que se ahoga.

—Espere usted—dijo.—Voy a ver si puedo complacerle.

Fué a decir a Mariana que debía ocurrir algo muy terrible a los Morange, ya que éste estaba abajo esperándole y suplicándole que le acompañara. Sin vacilar contestóle que accediera, pues no sentía dolores en aquellos momentos. Quizá se había engañado. Además, tuvo una idea: puesto que Morange tenía un coche, Mateo podía pasar a casa de los Seguin para avisar a Boutan y acompañar después al pobre Morange.

—Tienes razón; eres una gran mujer,—dijo Mateo besándola.—Te envío a Boutan y vengo en seguida.

Abajo, besó a los niños y a Reina, que no sospechaba lo más mínimo, contenta con la idea de almorzar en casa de los Beauchéne. Llamó a la criada para que acompañara a los niños, a los que no perdió de vista hasta que hubieron atravesado el jardín.

En el vestíbulo, Morange esperaba, devorado por la impaciencia.

—¿Está usted ya? ¿está usted ya?—repetía con su mirada extraviada.—¡Aprisa, aprisa!

Cuando estuvo en el coche, quedó como aniquilado, tapándose la cara con las manos. Mateo le preguntó, antes de subir, si podían pasar por la Avenida Anfin, y al decirle que aquel justamente era el camino, dió la dirección del hotel Seguin. Al llegar allí, bajó un momento y supo por una camarera que la señora había librado al cabo, pero que estaba muy mala. Se tranquilizó, sin embargo, cuando el doctor Boutan le hubo hecho decir que antes de una hora estaría al lado de Mariana.

Cuando estuvo de nuevo en el coche, el auriga se inclinó para saber la dirección.

—Este hombre dice a dónde vamos,—indicó Mateo.

—La dirección... la dirección...—replicó Morange.—No sé. Calle del Rocher, al lado de una carbonería, junto a la cuesta.

Mateo comprendió. Por lo que había visto sabía lo que pasaba. Cuando Morange le dijo en el recibidor que su mujer se moría, sintió en el orlo del crimen en el estremecimiento de su rostro. Era en casa de la Rouche donde moría Valeria.

Sin duda, sentía Morange la necesidad de dar explicaciones; pero, de momento, no se atrevía a decir la tremenda verdad y empezó mintiendo.

—Valeria ha ido a casa de una comadrona para hacerse reconocer. Y durante el examen ha tenido una pérdida tan fuerte, que no ha sido posible detener la sangre.

—¿Cómo no avisó usted a un médico?

—Aquella pregunta le azoró.

—Sí, sin duda... Quizá un médico la hubiese salvado... Me han dicho que todo era inútil.

La confesión acabó por escapársele:

—Me han detenido, me han encerrado, me han impedido ir a avisar a un médico... Yo hubiese pasado por todo; iba a salir a viva fuerza, cuando he comprendido que mi mujer se moría, al ver aquella sangre que chorreaba... ¡Si supiera usted lo que me han dicho! Que yo estaba loco; que todos éramos culpables; que todos iríamos a perdición... Valeria misma se enfadaba conmigo. Los otros me tapaban la boca para ahogar mis gritos, diciéndome que el caso no era grave, que iban a detener la sangre... ¡Ah, miserables, miserables! Lo explicaba todo; el hierro innoble, dirigido por una mano experta, pero encontrando en su

camino un órgano que había bajado con exceso, atravesándole de parte a parte a impulsos de un golpe harto vivo, se produjo una hemorragia tremenda, contra la que luchó en vano la comadrona. Después, a las diez, hubo alguna esperanza. Pero a las doce, le sobrevino un síncope.

—Estábamos allí desde las siete de la tarde; Valeria lo quiso así, diciendo que no había necesidad de luz... A las dos de la madrugada, estaba yo aún en ese cuarto maldito, donde habíamos decidido que Valeria pasaría cinco o seis días, hasta restablecerse. No había vuelto en sí; desmayada, blanca, helada, sin dar señal de vida... ¿Qué quería usted que hiciera? En casa, Reina, debía estar loca de inquietud, porque la había dicho que iba a acompañar a su madre a la estación y que volvía en seguida. Me han echado fuera, diciéndome que quizá esta mañana tendría una sorpresa agradable. Y no sé cómo he vuelto a casa y cómo he venido a buscar a usted... ¡Dios mío! ¿Cómo vamos a encontrar a mi pobre mujer?

Tan pronto se impacientaba diciendo que el coche iba a paso de tortuga, como temía llegar. Lanzaba a la calle miradas de espanto y sentía ya sobre sus hombros el frío húmedo de aquella casa de horror.

—¡Ah! ¡No me culpe, amigo mío! ¡Si usted supiera lo que sufro!

Mateo, no hallando palabras de consuelo, le estrechó la mano entre las suyas. Aquella prueba de perdón, de afectuosa piedad, conmovió al pobre hombre.

—¡Gracias, gracias!

El coche se detuvo. Mateo dijo que esperara. Morange se había metido ya dentro y tuvo que apretar el paso para atraparle. Atravesaron el patio, la escalera húmeda, rezumando inmundicia,

la amarillenta puerta que había ennegrecido la grasa de las manos. Aquella casa era más asquerosa cuanto mejor tiempo hacía. Al campanillazo apareció la criadita del delantal sucio. Cuando hubo reconocido al visitante y supo que era su amigo el que le acompañaba, quiso dejarles a ambos en el recibidor.

—Señor, señor, tengo órdenes...

Y como Morange la apartara brutalmente, añadió:

—No pasará usted. Espere. Deje usted que avise a la señora.

No discutió Morange. De un empujón la apartó y pasó. Mateo siguió tras él.

Morange siguió el corredor, llegando hasta la puerta que recordaba. La abrió con mano temblorosa. Aquella muchacha que impedía el paso, aquel cuarto en que no querían que entrase, le había helado de terror.

¡Qué horrible era aquella habitación! Daba al patio, del que recibía escasa luz por una ventana polvorienta. Bajo el techo ahumado, entre las cuatro paredes de las que la innoble humedad despegaba el papel, tenía por todo mueblaje una cómoda con la piedra rota, dos sillas de anea y una camita pintada de negro. Allí, entre aquella inmundicia, sobre aquel camastro, Valeria, muerta desde las dos y media de la madrugada, yacía, helada, solitaria, sin una luz. Su adorable cabeza, de una palidez de cera, como si toda la sangre se hubiese escapado por la criminal herida, reposaba sobre las ondas de su negro pelo. Su rostro, redondo y fresco, tan amable y alegre, tan animado por el ansia de lujo, había tomado una gravedad terrible, expresando la desesperación de renunciar a cuanto deseaba, y de renunciar a causa de aquel término tan brusco, tan tremendo. La

sábana dejaba un poco al descubierto aquellos hombros, de que tan orgulloso estaba su marido cuando se descotaba. La mano derecha, pálida, muy fina, como alargada hacia la nada que iba a devorar, reposaba sobre la sábana. Estaba muerta, sola, abandonada, sin un cirio. Morange la miró. Parecía dormir, al ver sus ojos cerrados para siempre. Pero no se engañó. No sentía el soplo de la vida; los labios estaban apretados y blancos. La infamia de aquel cuarto, el horror frío de aquella muerta, abandonada como una asesinada en mitad del camino, le causaron tal impresión, que parecía estúpido. Le tomó la mano, y al sentirla helada, un grito ronco salió de sus entrañas. Cayó de rodillas y apoyó su frente sobre aquella mano de mármol, sin una palabra, sin un sollozo, como si hubiese querido penetrar en la nada con ella, en el reino helado de la muerte. Y no se movió. Mateo había quedado helado también, inmóvil, presa de horrible estupor ante aquel fin tan brusco. El espantoso silencio duraba hacía rato cuando creyó sentir un ligero ruido como si se aproximara un gato. Por la puerta abierta había entrado la Rouche, discreta y tranquila, con su eterno vestido negro. Su enorme nariz se volvió en seguida hacia el nuevo visitante, al que recordaba haber visto un día. Su aspecto no la asustó, sin duda alguna. Parecía llena de conmiseración hacia el pobre marido, derribado junto a la muerta. Su mirada amable parecía decir: «¡Qué accidente! ¡Qué desgracia! ¡Cuán poca cosa somos en este mundo!» Luego, cuando Mateo quiso intervenir, levantar y consolar al desdichado, se lo impidió y murmuró:

—No, no; déjele usted; esto le produce gran consuelo... Venga usted, caballero; deseo hablarle. Se lo llevó. Pero una vez en el corredor, oyéron-

se gritos de angustia; pasó una ráfaga de horror. Sin conmoverse, la Rouche abrió una puerta y dijo:

—Espéreme usted aquí.

Era el gabinete de la comadrona, amueblado con sillas de terciopelo rojo y un escritorio de roble. En el fondo de un sillón, cosiendo perezosamente había una joven recién parida según lo pálida que estaba.

—Señor Froment. No diga usted, por Dios, a la señora que me haya visto aquí...

Mateo se fijó. Era Celeste, la doncella de Valentina, que le miraba asustada. Se acordó entonces que, hacía tres semanas, la chica había pedido permiso para ir a su pueblo, Rougemont, para ver a su madre, que decía estar moribunda. Valentina la escribió, contestando ella que no podía estar a su lado cuando librara, porque su madre estaba agonizando. Y ahora la hallaba Mateo en aquella covacha, parturienta.

—Es verdad, señor; estaba en cinta. Ya ví una hija que lo advirtió usted. No hay como los hombres para eso. La señora no ha sospechado nunca, gracias a mi habilidad. No quería perder la colocación y he dicho que mi madre se moría. La Couteau recibe mis cartas en el pueblo, y pone la contestación... Sin duda que es feo mentir, pero ¿qué quiere usted que haga una chica a quien engaña un hombre?

Lo que no decía, es que aquel parto era el segundo y que no había sido como el primero. Entonces había parido un niño muerto, y esta vez, aun cuando estaba todo previsto, aun cuando el niño tenía sólo siete meses, se empeñó en vivir y vivía. La vida tiene a veces esas obstinaciones. No queriendo llegar al infanticidio, fué preciso recurrir a la Couteau, la fosa común, el último

recurso. Había venido a tomar el niño para darlo a una nodriza de Rougemont. Ya debía estar muerto.

—Ya comprenderá usted que no puedo cuidarme como una señora. Los médicos dicen que es preciso estar veinte días en cama para reponerse. Yo me he levantado hoy después de seis días de cama, y cuento estar en casa de los señores el lunes. Entre tanto, repaso la ropa blanca de la señora Rouche... ¿Verdad, caballero, que me guardará usted el secreto?

Mateo asintió con una inclinación de cabeza. Miraba a aquella muchacha, de veintiocho años no cumplidos, fea pero sana y carnosita, continuamente embarazada, echando niños muertos a la tierra; semillas mal abiertas que la humedad pudría. Le causó horror y lástima.

—Perdone usted si le pregunto... ¿Sabe el señor si la señora ha librado?

Y cuando le hubo contestado que la señora Seguí debía estar fuera de su cuidado, pero que había padecido durante cuarenta y ocho horas:

—No lo extraño. ¡La señora es tan delicada! Me alegro. Gracias, señor.

En aquel momento entró la Rouche sin hacer ruido y entornó la puerta. La casa había quedado silenciosa después de aquellos gritos de terror. Se sentó en el escritorio, con un aire tranquilo y discreto, después de rogar a Mateo que tomara asiento. Con un gesto indicó a Celeste que podía permanecer allí.

—Caballero, no tengo el honor de conocer su nombre; pero una mirada me ha bastado para comprender que trato con una persona distinguida y razonable, que comprende los trances de la vida. Por eso he querido decirle que la desesperación de su amigo me inquieta

temo que si la crisis se repite se deje llevar por ella y cometa actos que pueden tener consecuencias desagradables. Ciertamente que es tremendo el golpe que le hiere; yo misma no he podido pegar los ojos después de esta desgracia. Pero debe usted comprender que no arreglaría el asunto, antes por lo contrario, podría contraer graves responsabilidades, si se le ocurría publicar lo que ha ocurrido... Aseguro a usted que no hablo por mí, porque puede usted creer que siempre salgo bien de semejantes casos.

Mateo comprendió perfectamente la táctica. Quería asegurarse la complicidad de la víctima dejando entender que, si denunciaba el crimen por medio de palabras imprudentes, sería él también perseguido y condenado.

—Es preciso respetar el dolor de mi pobre amigo,—dijo friamente.— No tendré seguramente necesidad de aconsejarle, porque creo que ya sabrá las responsabilidades que atañen a cada uno en el horrible atentado cometido.

Callaron. La Rouche le miraba con su aire tranquilo. Una sonrisa pugnaba por asomar a sus labios.

—Ya veo, caballero, que me toma usted por una criminal, por una asesina... ¡Ah! ¡si hubiese usted estado aquí cuando ese señor vino con su esposa! Han llorado como niños, se han echado a mis pies, porque yo no quería al principio... Y qué gracias, qué promesas de eterno reconocimiento, cuando consentí. Lo he hecho, ha salido mal; sin duda una mala conformación me ha engañado, y ha ocurrido la desgracia. ¿Acaso no estoy yo amenazada? ¿Cree que no siento pena y temor? ¡Que se queden en su casa y no comprometan a los demás, los que no están a los riesgos!

Se animaba y parecía tener una convicción profunda.

— ¡Lo que he hecho, lo hacen todas las comadronas, todos los médicos! ¡Desafío a la que diga que no se ha dejado vencer una vez por los ruegos! ¡Ah! caballero... Si le pudiera ocultar en este gabinete y oyera usted lo que dicen las desdichadas que vienen, su idea cambiaría. Una tendera viene medio muerta por un puntapé que le ha dado su marido en el vientre, diciendo que no quiere hijos... ¿Cree usted que obre mal haciéndola abortar? La otra semana llegó una criada de la Beance, preñada de seis meses, arrojada de todas partes, perseguida a pedradas por los chicos, durmiendo en los pajares, robando la comida de los perros... ¿No es terminar su suplicio el provocar el aborto, el evitar el fruto maldito? ¿Y todas las que vienen de provincias, que no han de dar sino un salto desde la estación de San Lázaro aquí, obreras, muchachas de servicio, tenderas, que juran que ahogarán a su hijo si yo no las libero de él?... Todas, lo mismo las de París que las de provincias, las ricas que las pobres, todas sin excepción, están resueltas a las mayores atrocidades; envenenarse con una droga, dejarse caer escalera abajo para recibir un golpe libertador, partearse a sí mismas para ahogar el hijo y echarlo a la calle. ¿Qué quiere usted que hagamos? ¿Cree usted que no se encuentran ya demasiados cadáveres de niños en las cloacas, en los escusados, en los rincones de la calle? Si no fuera por nosotros el número de los infanticidios doblaría. ¿No cree usted que además de las angustias y de las penas que evitamos a las pobres mujeres, no es lo que hacemos un derivativo necesario, más obra de prudencia social que evita muchas obras malas y crímenes? Yo, caballero, cuando hablo a un hombre inteligente como

usted, no oculto mi pensamiento. Hay tres maneras de arreglarse. Que la mujer pára un niño muerto, lo que es lícito, pues la mujer tiene en su libre arbitrio poder dar o no la vida; hay después el aborto, que ya repugna; pero que a veces es necesario, por lo que le he dicho. Por último, hay el infanticidio; ese es un verdadero crimen, que repruebo, que condeno. ¿Oye usted, caballero? Le juro que jamás, un niño, nacido vivo, ha sido muerto en esta casa. La madre o la nodriza hacen de él lo que quieren; pero eso no me importa.

Triunfaba, juraba por su honor, viendo el estrechamiento continuo de Mateo, la aprobación implícita del que no sabe qué contestar. Y como si quisiera además de levantarse, añadió:

— Una palabra más, señor... Mire usted un ejemplo. En esa casa de enfrente, en la de un banquero riquísimo, había al empezar el invierno una criada rubia ¡oh! preciosa, una maravilla. Se quedó embarazada; y vino, naturalmente, a verme, pero demasiado tarde para que yo, con arreglo a mis principios, me atreviese a intervenir. Además me pareció que aquella muchacha vivía muy cerca de aquí, lo cual es muy peligroso a causa de las escalillas... Pasaron dos meses. Una mañana, a eso de las seis, vino a buscarme la cocinera de la misma casa y me hizo pasar discretamente por la escalera de servicio, para que subiese al sexto piso y al cuarto que ella ocupaba allí en compañía de la criadita rubia ¿qué fué lo que hallé en una de las dos camas? A la desgraciada rubita con las piernas abiertas, en medio de un charco de sangre y las mano torcidas, crispadas aun alrededor del cuello del niño y al que habían estrangulado al paso, apenas salido. Y muerta ella misma, muerta, sí, a consecuencia de una hemorra-

gía horrorosa y tan considerable, que había empapado el colchón y el sommier y después chorrado a tierra; pero lo extraordinario era que la otra, la cocinera dormida a lo más a dos metros de distancia, no había oído absolutamente nada, ni un grito, ni un suspiro, y no advirtió nada hasta que se levantó. ¿No ve usted a esa desdichada criatura dominando sus dolores, ahogando sus gritos, esperando al hijo para ahogarlo entre sus manos febriles? ¿No la ve usted luego sin fuerzas, después de esa violencia, dejando correr toda la sangre de sus venas, durmiéndose a su vez en la muerte con el pequeño sér que sus manos crispadas, rígidas, no habían soltado? Como era natural dije a la cocinera que aquello no me concernía, y que fuese en busca de un médico para que éste hiciese constar la defunción... Me creará usted, señor, si quiere, pero aun no me he repuesto de aquella aventura; sí, y es un verdadero remordimiento para mí el haber rechazado a aquella joven. Y yo le pregunto ¿si yo la hubiese hecho abortar sería usted el que me arrojase la primera piedra o es que no hubiera hecho en resumen una buena acción?

—¡Ah! ¡Con seguridad!—exclamó Celeste que había escuchado apasionadamente la historia.

Mateo sintió oprimirse su corazón. El último escalón del horror estaba franqueado y no podía bajar más. Aquello era realmente el infierno supremo de la maternidad. Se acordaba de lo que viera en casa de la señora Bourdieu: la maternidad culpable y clandestina, las criadas seducidas, las esposas adúlteras, las hijas incestuosas yendo a dar a luz en secreto y sin nombre, a tristes séres ignorados que caían en lo desconocido. Después, aquí, en casa de la Rouche era el crimen hipócrita, el feto ahogado antes de ser, no na-

ciendo más que muerto o siendo expulsado por la violencia, aun incompleto y expirando al primer soplo de aire. Después, en otras partes, en todas, era el infanticidio, el asesinato confesado, el niño nacido viable estrangulado, cortado muchas veces en pedazos, envuelto en un periódico y abandonado en el quicio de una puerta. La cifra de los matrimonios no había bajado, la natalidad bajaba un cuarto, y todas las cloacas de la gran ciudad arrastraban pequeños cadáveres. En aquellas hondonadas de la decadencia humana, sentía a la sazón pasarle por el rostro la obscura infamia, el viento de tantos dramas, de tantos crímenes ocultos. Y lo espantoso era que aquella mujer, aquella vil y cobarde asesina hablaba alto, parecía estar convencida de su misión y le decía verdades que le trastornaban. La maternidad no caía en esa locura homicida, más que por la abominación social, por la reversión del amor y la iniquidad de las leyes. Se mancillaba el deseo divino, la llama inmortal de la vida, y no quedaba más que el celo que empreña al azar a las hembras que pasan. El estremecimiento de las madres al sentir el primer movimiento convertíase en un estremecimiento de horror, en el temor de dar a luz el producto nacido de una mala inteligencia, en la necesidad de destruirlo en germen, como una mala hierba que no se quiere. Subía un grito de egoísmo, no más hijos, nada que venga a destruir los cálculos de dinero o de ambición. Muerte a la vida de mañana, con tal de que exista el goce de hoy! Ese grito sacrilego, que anunciaba el fin próximo de la nación, lo daba toda la sociedad agonizante. Y Mateo, que comprendiera lo mal sembrado que estaba París, de cuando hacía nueve meses, en la noche que estuvo a punto de dejarse arrastrar por la locura libertina del fraude;

tenía a la sazón la prueba de cuáles eran las manos infames y culpables que hacían la siega. Era cierto que se perdían muchos granos arrojados al suelo frío, y que se secaban o abrasaban ¡y qué de pérdidas durante el cultivo de espigas que se desgranaban por la brutalidad y la miseria! Pero esto no era nada, porque unas manos feroces continuaban la obra de la siega, cuando llegaba la cosecha: París mal sembrado, mal segado; esta era la obra del aborto voluntario, todas las potencias de la muerte luchando contra la vida a la faz de la Naturaleza impasible, que crea la prodigalidad infinita de los gérmenes para la infinita recolección de la verdad y de la justicia.

Mateo púsose en pie diciendo:

—Le repito a usted, señora, que no tengo para qué saber qué es lo que pasó aquí, pero ¿no es el más grave de los peligros la presencia de esa muerta?

En los labios de la señora Rouche apareció su acostumbrada sonrisa.

—Es cierto,—contestó,—que la vigilancia es bastante severa; mas, por fortuna, tiene una amigos en todas partes. Dí parte de la defunción y vendrá el médico y certificará que sólo se trata de un accidente, de un mal parto.

Levantóse también ella mostrándose de nuevo dulce y discreta, y con aire como de compasión hacia todas las cosas malas que pasaban en esta tierra. Y tomó aires de la modestia ofendida e hizo un gesto amistoso para cerrarle la boca a Celeste cuando ésta exclamó:

—Vamos, señor, es muy cierto que hizo cuanto ha dicho. No hay mujer mejor en el mundo y una se dejaría hacer pedazos por ella... Buenas tardes, señor, y acuérdesese usted de lo que me prometió.

Antes de marcharse quiso Mateo volver a ver a Morangen y hasta arrancarle de allí, si esto era posible. Y le encontró sentado al lado de su esposa muerta, sin llorar y en un estado de anonadamiento, en el que su dolor zozobraba. Al oír las primeras palabras, interrumpióle el desventurado con una voz muy baja, lejana, como si temiese turbar el sueño de aquella que dormía para siempre.

—No, amigo mío, no me diga usted nada, cuanto puede decirme es inútil... Sé cuál es mi crimen y jamás me lo perdonaré. Si ella está ahí es porque yo consentí... sin embargo, yo la adoraba y nunca quise más que su dicha, consistiendo toda mi debilidad en haberla amado demasiado. No importa, yo era hombre y debí, cuando ella se volvía loca, haberme mostrado razonable y hacerla comprender que era un crimen, por el que indudablemente íbamos a ser castigados. ¡Dios mío! ¡Cómo comprendo a Valeria, y cómo la excuso, pobre y desgraciada criatura! En cuanto a mí todo concluyó, soy un miserable y me inspiró horror a mí mismo.

Toda su misericordia, toda su ternura, sollozó en semejante confesión de su debilidad. Continuó sin que su voz se reanimase ni se levantase más, con su sér quebrantado y ahora para siempre vacío.

—Quería ser alegre, rica, dichosa. ¡Era esto tan legítimo y ella tan inteligente y tan hermosa! No tenía yo más que una alegría: satisfacer sus gustos, realizar sus ambiciones... Ya conoce usted nuestra nueva casa, en la que habíamos gastado mucho. Luego vino esa historia del Crédito Nacional, la esperanza, en fin, de una pronta fortuna y entonces, cuando la ví enloquecida con la idea de entorpecerme, con un segundo hijo, me volví loco

como ella, y creí que nuestra única salvación era suprimir a ese pobre pequeñuelo... ¡Y ella está ahí, Dios mío! Y sepa usted que era un niño ¡nosotros que tanto habíamos deseado tener un hijo!... ¡Era un niño! Nosotros que tanto habíamos deseado uno; que únicamente hemos hecho eso por temor a otra hija, a la que es preciso dotar. Y el niño y la madre han muerto, y soy yo quien los ha matado. No quise que el hijo viviera, y el hijo se ha llevado a la madre.

Aquella voz sin lágrimas y sin violencia, semejante a un tañido lejano, desgarró el corazón de Mateo, que buscó en vano consuelos y le habló de Reina.

—¡Ah! Sí, tiene usted razón; Reina, la quiere mucho. Se parece bastante a su madre; ¿la tendrá usted en su casa hasta mañana, no es verdad? No la diga usted nada; déjela que juegue, que yo mismo la daré cuenta de la desgracia... Y, se lo suplico, no me atormente, no me haga usted salir de aquí. Le prometo que seré muy cuerdo y que permaneceré tranquilamente aquí, velando. Nadie me oirá y a nadie molestaré.

Ahogóse después su voz, y no balbuceó más que palabras confusas en medio del ensueño de su vida aniquilada.

—¡Y ella que amaba tanto la existencia, marcharse así de un golpe y de una manera tan terrible!... Ayer a estas horas andaba, hablando, sentía junto a mí y yo quería comprarla un sombrero que ella había visto... ¡Dios mío!... Pues que ya no existe, ¿por qué no me llevó con el hijo y con ella?

Mateo se decidió a abandonarle al verle abatido, tan calmado.

Bajó y subió al coche que le había estado esperando. ¡Ah! ¡Qué alivio al ver las calles soleadas

llenas de vida y de gente, y al respirar un aire muy vivo que entraba por las ventanillas de las portezuelas abiertas de par en par. Al salir de aquellas inmundas tinieblas respiraba con toda la fuerza de sus pulmones al aire libre y contemplaba el vasto cielo resplandeciente de sana alegría. La imagen de Mariana, con la que ansiaba reunirse cuanto antes, presentóse ante él como la promesa consoladora de una próxima victoria de su vida, de un rescate compensador de todas las vergüenzas y de todas las iniquidades. ¡Querida esposa! Ella era la sana, la animosa, la valiente, la que tenía en pie la eterna esperanza. ¡Ella era la que, aun en medio del dolor iba a hacer triunfar el amor, a prolongar la obra de la fecundidad, a trabajar por la expansión y por el esfuerzo de mañana! Y le desesperaba la lentitud del carruaje; ardía en deseos de encontrarse otra vez en la casita clara que tan bien olía, para asistir al poema de la vida, a esa augusta fiesta de la venida de un nuevo sér, en la que hay tanto sufrimiento y tanta alegría, al eterno cántico humano. Al llegar fué esa clara alegría de la casita lo que le sorprendió. El sol lucía en todas partes. En el escansillo había un ramo de rosas que acababan de retirar del cuarto de la parturienta y que embalsamaba la escalera. Después, en cuanto entró en la habitación le enterneció un lujo de ropa blanca, toda una nieve de blanco lienzo que estaba tendida sobre los soleados muebles. Una ventana medio abierta dejaba entrar la precoz primavera. Pero, así en seguida, observó que la enfermera estaba sola.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Aun no ha venido el doctor Boutan?

—No, señor, no vino nadie... La señora sufre bastante.

Mateo se acercó a Mariana que, muy pálida, y con los ojos cerrados, parecía, en efecto, hallarse con las angustias de fuertes dolores. Tuvo un arrebato y contó que haría muy pronto dos horas que el doctor Boutan le había prometido ir en seguida.

—¡Y pensar, querida mía, que hace tanto rato que te dejé sola! Yo creía que estaban aquí, a tu lado... La señora Seguin dió a luz y el médico debía estar ya aquí.

Abrió Mariana lentamente los ojos e hizo un esfuerzo para sonreír; pero no pudo hablar en seguida, y al cabo de un rato con voz entrecortada dijo dulcemente:

—¿Por qué te incomodas de ese modo? Si no viene es porque sin duda sobrevino alguna complicación... Además ¿de qué me servirá? Es necesario esperar.

Y la cortó la palabra una crisis tal, que todo su cuerpo experimentó un sacudimiento y se levantó, mientras que se la escapaban unos profundos lamentos y por sus mejillas deslizábanse gruesas lágrimas.

—¡Oh! ¡Querida, querida mía!—murmuró Mateo llorando también.—¿Será preciso que sufras hasta ese extremo? ¡Y yo que confiaba en que todo marcharía tan bien! La última vez no tuviste semejantes dolores.

—En cuanto a la última vez, creí que no quedaría nada en mi pobre vientre. Tú no te acuerdas. Mira, siempre es la misma cosa: es preciso pagar duramente la alegría; pero no te inquietes, porque sabes que me considero dichosa aceptándolo todo... Ponte aquí a mi lado y no me hables más,

porque el menor estremecimiento o la emoción, agravan las crisis.

Dulce y tiernamente arrodillóse entonces Mateo, cogió su mano del borde de la cama y apoyó su mejilla contra aquel poco de desnuda carne como para entrar entero en ella y participar así de su sufrimiento. Acudió a su memoria un brusco recuerdo y se acordó de que éste había sido el ademán de Morange, apoyando con la misma caricia su mejilla ardorosa sobre la mano helada de Valeria muerta. En la vida y en la muerte, todo se asemeja. Pero toda la fiebre del desdichado no pudo calentar aquella mano de hielo, en tanto que él, al sentir el calor de Mariana, sufría con ella, se aliviaba.

Aquel padecimiento común a entrambos, lo había provocado él aquella noche en que se unió a su mujer vencido por la llama del fecundo deseo. Desde aquella noche Mariana parecía más suya; creía que ambos estaban más identificados a medida que la preñez avanzaba. Un buen padre ha de amar a su mujer en cinta con el mismo ardor santo e infinito con que deseó a la esposa amorosa, y así es como, con cuidados sin término, con atenciones delicadas, se procrean hijos sanos y fuertes y hermosos. Lo único que sentía en aquel momento, al verla tan trastornada por el padecimiento, era no poder compartirlo con ella, como había compartido el goce. Fué para Mateo aquella espera una ruda prueba. Pasaron unos minutos, y una hora y otra después, y Boutan no llegaba. Mariana había obligado a Mateo a sentarse y ambos sufrían, sintiendo que el sufrimiento es santo y engendra la vida. Aquel dolor acababa de fundirlos uno en otro y de tal manera les exaltaba que la habitación resplandecía para ellos como una gloria.

Sonó el timbre de la puerta. Mateo, impaciente, bajó a abrir. Cuando vió a Boutan:

—¡Ah! doctor, doctor...

—No me dirija reproches, amigo mío. No puede usted imaginar lo que he padecido. La pobre Valentina se iba por la posta, dos o tres veces. Y cuando estaba ya parida, un ataque de eclampsia por poco la mata. Eso ya lo temía desde el principio. Pero, a Dios gracias, creo que está fuera de peligro.

Luego, en tanto que dejaba el sombrero y el abrigo:

—¿Cómo quiere usted que tenga un parto feliz una mujer que hasta los seis meses se aprieta el corsé y va al teatro, al baile, a todas partes? Añada usted a esto que es atrocemente nerviosa y que sufre mucho en su casa. Por menos mueren algunas... Pero, vamos a lo que interesa.

Cuando entró en el cuarto, Mariana le cogió con el mismo reproche.

—¡Ah! doctor, doctor...

—Heme aquí, querida señora. Le aseguro que no pude venir antes. Por otra parte, no me inspiraba usted ningún cuidado, pues sé cuán sufrida y fuerte es usted.

—Sufro mucho, doctor.

—¡Tanto mejor! Ya sabe usted que es preciso y que así se acaba más pronto.

Y bromeaba tan alegremente, decía con tanta gracia que Mariana debía ya empezar a acostumbrarse a aquello, que se calmó la parturienta como por ensalmo. Luego, cuando se hubo puesto un gran delantal blanco y reconocido a la paciente, estalló su admiración:

—¡Esto es magnífico, maravilloso! ¡De cada veinte partos no hay uno así! ¡Antes de una hora

estará aquí el pequeño! Será un parto felicísimo!

Ayudado por la enfermera preparaba todo lo necesario. A cada queja de Mariana contestaba con una palabra de consuelo, aconsejándola que sufriese a su vez, que empujara a su vez para ayudar al pequeño. Durante unos momentos en que cesaron los dolores, dijo que la señora Seguin había tenido una niña, lo que acabó de enflaquecer al marido. Mateo, a quien Mariana preguntó acerca de los Morange, se limitó a decir que Valeria estaba muy mala. Los últimos dolores sobrevinieron tan agudos, que le arrancaron grandes gritos espaciados, como los que lanzan los leñadores en el bosque, al hacer sus esfuerzos para cortar los robles. Echaba atrás la cabeza y proyectaba hacia adelante el vientre, el vientre sagrado que se abría, como la tierra al paso del germen, para dar la vida. Mateo no podía resistir aquel espectáculo. Se alejaba de la cama al oír los alaridos; volvía después hacia su mujer y le besaba los ojos y bebía las lágrimas que brotaban de ellos.

—Amigo mío,—dijo el doctor;—debiera usted retirarse.

En aquel momento subía la criada diciendo que abajo estaba Beauchéne que preguntaba por la salud de Mariana. Mateo bajó a su encuentro.

—¿Y bien? ¿Qué hay, amigo mío? Constanca me envía a saber si ya está eso listo.

—No, todavía no;—contestó Mateo, tembloroso aún.

Su interlocutor se echó a reír como hombre que está satisfecho de no tener que pensar jamás en esas cosas. Fumaba un buen cigarro y tenía una cara de pascuas.

—¡Ah! Quería decir a usted que los chicos están

al pelo. Han comido como unos lobos y ahora gritan y saltan como unos condenados. No sé cómo puede vivir usted entre tanta algazara. También están los dos chicos de Seguin; estos están más adormilados; creo que temen marcharse. Entre todos, hay ocho. Es demasiado para gentes que se empernan en no tener más que uno.

Al recordar que Reina estaba con sus hijos, Mateo sintió un escalofrío. Veía allá abajo a Valeria tendida sobre el asqueroso camastro.

—¿También ella juega?

—Ya lo creo. Juega a la mamá con los otros. Pero no quiere tener sino un bebé. Los otros figurarán criados... Dentro de tres o cuatro años será una gran mujer.

De repente se puso serio.

—No sé qué le ha dado a Mauricio; hoy vuelve a quejarse de las piernas. Su madre ha tenido que tenderle en un sofá, en el cuarto donde juegan los otros, y eso entristece al pobre chico.

Parpadearon sus ojos y una sombra pasó por su rostro. Quizá sentía aquel soplo helado, venido de las regiones misteriosas, que un día sintió Constanca al ver a su hijo desmayado. Pero bien pronto sacudió aquella tristeza, y como si al meditar hubiese evocado inconscientemente otras imágenes, dijo sonriendo alegremente:

—Y a propósito, ¿qué hace la rubia? ¿Aun no?

Mateo se extrañó de momento; pero al cabo comprendió que quería decir si Norina había llorado.

—Todavía no; hay para un mes largo, como sabe usted.

—¿Yo? Yo no sé, ni quiero saber nada absolutamente. Cuando haya usted pagado, repítaselo de mi parte: no quiero saber nada de ella ni de su hijo, sobre todo de éste.

En aquel momento se oyó la voz de la enfermera:

—¡Señor, señor, venga usted pronto!

Beauchéne empujó a Mateo, diciéndole:

—Vaya, vaya; me espero un momento para saber si tengo un nuevo primito u otra primita.

Al entrar en la habitación, Mateo quedó deslumbrado. El sol, entrando a torrentes, iluminaba como una gloria aquel espacio. Vió al doctor, con su delantal blanco, quien, semejante a un operador sagrado, ayudaba la salida del niño que estaba en el umbral de la existencia. Y oyó a Mariana, a su Mariana adorada, lanzar un grito, el grito supremo de las madres, el grito de toda vida nueva, el clamor de victoria, de esperanza, de alegría, al que contestó en seguida el vagido del recién nacido que saludaba la luz del día. Un nuevo ser continuaba la cadena ininterrumpida de los seres, bajo los inflamados resplandores del astro-rey.

—Es un niño—dijo el doctor.

Mateo se había inclinado hacia Mariana y besaba, lleno de devoción y de amor, sus hermosos ojos, de los que aun desbordaban las lágrimas. Pero, la madre sonreía a través del llanto; tenía una alegría de aurora, dichosa, pero estremecida aún por el padecimiento.

—¡Cuánto te amo, mujercita mía! ¡Cuán valiente eres!

—¡Sí, sí, soy muy dichosa y siento que te amo cada vez más por ese amor que me tienes!

Boutan intervino, afirmando que no le convenía hablar. Y empezó a alabar la belleza del niño, diciendo que el mejor modo de tenerlos semejantes es hacer los más que se pueda. Cuando el padre y la madre se adoran y no se entregan a los horrores que repugnan a la naturaleza, y viven sana y honestamente sin cuidarse de la perversa

sión de los demás, ¿cómo no han de salir unos niños preciosos, ya que tanto amor se emplea para fabricarlos?

Y reía alegremente diciendo aquello.

Mateo atravesó el cuarto y gritó por el ojo de la escalera:

—¡Es un niño!

—¡Bueno!—replicó con sorna Beauchéne,—con este ya van cuatro, sin contar con la hija. Os felicito. Voy a participárselo a Constanca.

Mateo entró de nuevo en aquel cuarto de combate y de victoria. Allí estaba la mujer madre, temblorosa todavía por la obra cumplida, la santa obra de la naturaleza siempre fecunda, ¡jamás inactiva! Podía en buena hora realizar sus hazañas la muerte, podía perderse la semilla en el campo mal sembrado; pero la mies crecería siempre espesa gracias a la prodigalidad de los amantes abrazados por el eterno deseo, creador de los mundos. La compensación estaba en todas partes como la vida brotaba por todos lados, pululando aquí cuando la hoz segadora pasaba por allá, y la vida estallaba en aquella habitación henchida de gozo y alegría, como para rescatar otras profecías clandestinas, otros partos horribles y criminales. Aquel sér que nacía, aquel pobre sér desnudo que clamaba como un pajarillo aterido, aumentaba la vida universal; era algo así como la eternidad encarnando en un sér por él asegurada. Y así como la noche de la concepción la naturaleza entera había querido presentar el abrazo fecundo, ahora también, en el acto del nacimiento, el sol fulguraba creando vida, entonando el poema de la eterna fecundidad mantenida por el amor eterno.

LIBRO TERCERO

I

—¡Te digo que no necesito a Zoe, para hacerle que tome el baño!—decía Mateo, enfadándose.—
Quédate en cama, descansa.

—Pero,—contestó Mariana,—bien necesitas que la niñera te prepare la bañera y te traiga el agua caliente.

Y divertida por aquella disputa, reíase, concluyendo por hacerle reír también a él.

Habían llegado la antevíspera, instalándose en el pabelloncito alquilado a los Seguin, a la orilla de los bosques, cerca de Jonville. Y tal fué su sorpresa por hallarse de nuevo en el campo que, a pesar de los consejos del médico, Mariana había abandonado la cama, después de su alumbramiento, a los quince días, preocupándola poco su imprudencia. Unicamente se quejó del cansancio del viaje; de tal modo la nueva primavera adelantaba el calor de los rayos solares en aquel mes de